LOS PROCESOS INMIGRATORIOS EN EL URUGUAY DEL SIGLO XIX: VISIÓN DE CONJUNTO

Juan Carlos Luzuriaga
Sociedad de Estudios Vascos, Montevideo
Uruguay

El aporte inmigratorio fue decisivo en el crecimiento demográfico del Estado y, especialmente de Montevideo. Trajo implícito un aporte ideológico que se reflejó con el paso de los años y que fructificó al filo del siglo XX en una masa urbana que tuvo como abuelos físicos e ideológicos a la primera oleada inmigratoria con su masivo aporte europeo transpirenaico. El éxito de ésta, estimuló a las sucesivas oleadas que dieron consistencia a los cambios, extendiéndose hasta el período de entreguerras del siglo XX

La República Oriental del Uruguay, el estado más pequeño de América del Sur, con unos 180.000 kilómetros cuadrados de superficie y que cuenta hoy con algo más de tres millones de habitantes vivió en el transcurso del siglo XIX un aporte decisivo para su desarrollo social y político posterior. Miles y miles de inmigrantes provenientes de Europa y del sur del Brasil se radicaron en su territorio y constituyeron la base de profundas transformaciones políticas y culturales. Este articulo trata de las características generales de ese proceso.

Montevideo y la Banda Oriental en la Colonia

Establecida la necesidad de ámbitos de vigilancia, poblamiento en la Banda Oriental del río Uruguay; la fundación de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo en 1724 es la resultante de una política defensiva y de estímulo a la población en el Río de la Plata que se implemento a

partir de la renovación borbónica en la corona de España. La pequeña ciudad creció desde los trescientos habitantes de 1729 al millar que es reseñado por su primer Gobernador, el alavés José Joaquín de Viana en 1750; no serían muchos más al principio de la siguiente década.

Como ha sucedido con muchas comunidades, la de Montevideo generó una dinámica social y económica que se alejaba de lo previsto originalmente en los propósitos de fundar la plaza. Las condiciones naturales de puerto, lo protegido y lo profundo de la bahía, estimulaban que se convirtiera en el natural punto de salida de la producción de materias primas de la Banda Oriental. Las licencias económicas solicitadas y concedidas a partir de 1741 en forma precaria, ratificadas en 1767, alentaron un comercio en la que fue considerada como usufructuaria de un «Puerto Mayor» en el año 1778.

El medio siglo transcurrido desde la fundación vio a los pobladores ocupados en la doble función de civiles y milicianos, carácter éste último, que la condición de frontera de la jurisdicción de la ciudad imponía. La amenaza de matreros y corsarios, indígenas y portugueses fue conjurada no sin esfuerzo por los montevideanos. Estos eran en su mayoría de humilde origen rural, peninsular o americano. Aún agraciados los modestos colonos pobladores con la concesión del trato y reconocimiento de «Hidalgos de solar conocido»[1] por la corona; la dura vida cotidiana en que las más humildes tareas eran mayoritariamente realizadas por ellos mismos, ante la ausencia de indígenas dóciles, llevó en la práctica a que esos resabios de estructuras sociales medievales tuvieran menos vigencia en Montevideo que en sus similares del continente. Otros valores, como el reconocimiento por el éxito económico, sustituyeron de alguna manera los vestigios del medioevo ibérico. Paralelamente la población se cuadriplicó en veinte años,[2] fruto de la atracción que el rápido desarrollo comercial de la ciudad promovió. Al núcleo inicial de canarios y bonaerenses se le agregaron aventureros extranjeros, desertores de los buques mercantes, marinos dependientes del Apostadero establecido en la década del sesenta, así como inmigrantes de otras regiones de España y América. Fue terminal del tráfico negrero para el Plata, lo que facilitó que elementos africanos se sumaran a la población montevideana. En los veinte últimos años del siglo, los cuatro mil habitantes de 1780 se duplicaron.

El fallido proyecto colonizador de la Patagonia, en las últimas décadas del siglo XVIII, revirtió en el aporte de familias gallegas y asturianas; igualmente arribaron catalanes y vascos en el momento en que se consolidó el papel de Montevideo como centro comercial. A fines de siglo

1. Carlos Real de Azúa «*Montevideo, el peso de un destino*». p. 15.
2. Washington Reyes Abadie, y Alfredo Vázquez Romero, «*Crónica General del Uruguay*», Tomo I p. 454.

el Apostadero de la Real Armada llegó a su madurez; la introducción de esclavos es negocio floreciente, en suma el puerto de Montevideo se convirtió en actor principal en las actividades económicas de la Banda Oriental, extendiéndose su influencia a la otra margen del Uruguay y a las comarcas riograndenses.

Reseñaremos como algunas características distintivas de ésta sociedad montevideana la escasa incidencia cuantitativa del elemento indígena y el paralelo elevado peso demográfico de los africanos. El carácter comercial de la ciudad que anticipó las expectativas generadas por Montevideo en las primeras décadas del siglo XIX, el tono militar que baluartes, milicias y Apostadero dieron a la ciudad.

Por último un rasgo de actitudes y aptitudes colectivas dotó al entramado social urbano de particulares características. El origen humilde de la mayoría de sus habitantes, aún de aquellos que habían ostensiblemente mejorado su condición; el constituirse el éxito económico en elemento de diferenciación social aceptado y compartido por los diferentes segmentos de la sociedad dio al plasma social una ductilidad y permeabilidad a los nuevos rostros - y con ellos a las nuevas ideas - que de año en año, mes a mes engrosaron los padrones de la ciudad.

El proceso inmigratorio en el siglo XIX

La población de Europa en el siglo XIX tuvo una expansión notoria. No se trato tanto de una tasa de natalidad más elevada sino de un abatimiento de los índices de mortalidad, debido a mejoras sanitarias y alimenticias además de una sostenida natalidad rural. Esta «revolución demográfica» llevó a una escasez de espacios libres. Las olas migratorias consecuencia principalmente del crecimiento acelerado de la población se vieron estimuladas también por diversos factores generales; la expansión industrial y comercial, la presión demográfica, las perturbaciones agrícolas derivadas de las cosechas, la disminución de industrias artesanales y del número de trabajadores domiciliarios, el aumento de los mercados para las materias primas de ultramar, los progresos en la navegación favorecieron los desplazamientos transoceánicos. En el caso de la Banda Oriental y, por ende particularmente de Montevideo, no existía una significativa presencia indígena poseedora de una poderosa cultura y el proceso de afincamiento de los inmigrantes se simplificó. En los hechos se importó la cultura ibérica con los primeros pobladores. Esto sería la base ante los diferentes aportes provenientes del torrente inmigratorio.

El grueso de los inmigrantes[3] vino por mar y provino del área cultural latina, en sus diversidades regionales; canarios, vascos, gallegos, catalanes,

3. Renzo Pi, y Daniel Vidart, «*El legado de los inmigrantes*» (II) p. 38.

piamonteses, calabreses, sicilianos, bearneses y bretones. También arribaron ingleses, escoceses, irlandeses, suizos, alemanes, austrohúngaros, eslavos. Desde el sur del Brasil se trasladaron también nuevos pobladores, en una invasión pacífica que caracterizo la presencia lusitana en el país. Parte de los inmigrantes se instalaron en las ciudades o se dedicaron a la agricultura en los alrededores de los centros urbanos. Otros se ubicaron en el medio rural.

En el caso de Montevideo era factible radicarse en el mismo a cumplir tareas agropecuarias ya que, eran numerosas las quintas y granjas en los arrabales de la ciudad.

Por otra parte, la inmigración a la que en general se veía como beneficiosa, fue estimulada por los diferentes gobiernos en el período independiente. Muestra entre muchas, son estas frases del presidente Fructuoso Rivera ante las Cámaras de 1833,

> *«Es de esas mismas naciones de Europa que el gobierno de la República espera con fundamento que su industria y su comercio reciban auxilios que no pueden buscarse ni venir de otra parte sino de aquellas donde el ocio y la abundancia de los capitales hacen apetecibles al gobierno y al súbdito las proporciones para derramarse sobre un territorio feraz pero inculto; sobre un país hermoso pero desierto; sobre un pueblo lleno de vigor pero sin brazos...»*[4]

La inmigración en el Uruguay del Siglo XIX

1800 - 1830.

Por ser el eje de nuestra investigación la incidencia del aporte inmigratorio, reseñaremos fundamentalmente la actitud de los montevideanos frente a los extranjeros y de éstos ante los criollos.

En los primeros años del siglo tenemos como pautas de conducta la reacción ante los hechos políticos y militares que impactaron la plácida vida de los habitantes de la Banda Oriental.

La ocupación británica de la vecina Buenos Aires tiene como inmediata y unánime reacción la formación de milicias para la defensa de la plaza y reconquista de la capital del Virreinato. Esta actitud y la posterior, nos hablan del fervor con que la población resistió al extranjero.

De 1811 a 1820 los acontecimientos políticos revolucionarios y los consiguientes sucesos bélicos provocaron sentimientos contradictorios. Divididos en fidelidades a sus tierras de origen, criollos y peninsulares - con

4. Pi y Vidart o. cit. p. 8.

excepciones numerosas - manifestaron sus adhesiones de diversas maneras en los tumultuosos años revolucionarios. Prejuicios y resentimientos disimulados de unos y otros salieron a luz y seguramente incidieron en la vida familiar y en conflictos en las diferentes generaciones. Ilustrativa al respecto es la anécdota que se refiere al gallego Roque Gómez que encontró un día a sus hijos - niños en ese momento - jugando a «*matar godos*».[5]

El proceso revolucionario insumió veinte difíciles años en la Banda Oriental. Montevideo fue baluarte realista hasta 1814. Brevemente en manos de los independentistas de 1815 a 1816 fue ocupada por los portugueses que derrotaron al caudillo José Artigas. Los brasileños sucedieron a los lusitanos después de 1822. Pero en 1825, apoyados por la mayoría de la población y el Gobierno de Buenos Aires desde esa ciudad se inició una lucha contra Brasil. Finalmente en 1828 se acordó la creación de un estado independiente con capital en Montevideo. . La Constitución de la nueva república se juró el 18 de julio de 1830.

1830 - 1865

En 1836 surgieron los movimientos políticos históricos del Uruguay. Por un lado el partido *blanco* que respalda al Gobierno y por otro el *colorado* en ese momento opuesto. Los colores responden a los distintivos con que se identificaron a partir de ese año unos y otros en el campo de batalla. En forma resumida se puede decir que el partido blanco en términos ideológicos es americanista y nacionalista y el colorado, liberal, proclive a Europa.

El Estado oriental independiente recibió un masivo aporte inmigratorio. Los canarios fueron una oleada en la década del treinta, como lo fueron de alguna manera los portugueses y como éstos no tuvieron dificultades de integración. Otro fue el perfil de la inmigración de franceses e italianos, quienes fueron los gringos por antonomasia. Debe no obstante hacerse una observación para el caso de los primeramente nombrados. El elevado porcentaje de vascos franceses, etnia periférica por lo geográfico pero también por lo social y económico con el resto de Francia matizó el conjunto y en el se diferenció del restante aporte inmigratorio galo.[6]

El alud inmigratorio desbordó literalmente a Montevideo. Si bien la emigración es pacífica, la presencia de los buques de estación de la escuadra francesa anclados en la rada y prestos con cañones y marinería a defender los intereses de sus compatriotas, era advertencia y realidad para todos - sin excluir obviamente los criollos - de las transformaciones que se estaban procesando. Los hechos políticos hicieron el resto.

5. Carlos Real de Azua «*El patriciado uruguayo*» p. 61.
6. Juan Antonio Oddone, «*La emigración europea al Río de la Plata*». p. 62.

La Guerra Grande 1839 – 1851

En 1839 el ex presidente y caudillo colorado Fructuoso derriba al gobierno constitucional del presidente blanco Manuel Oribe.

La denominada Guerra Grande va a enfrentar por un lado a unitarios argentinos junto a colorados de Montevideo; por otro a blancos de la campaña oriental y los federales de Argentina, conducidos por Juan Manuel de Rosas. Para muchos seguir a un caudillo va a motivarse por fidelidad o interés, o ambas causas. Otros optaron por alinearse con quienes de alguna manera se opusieron con determinación y a veces ideas, a lo que entienden es una ramificación de la agresión europea. El enfrentamiento tenía múltiples facetas entre las cuales la ideológica era una de las principales. Al respecto citaremos al historiador José Pedro Barrán, «*La lucha entre unitarios y colorados coaligados contra federales y blancos era entonces, una guerra ideológica... el hecho es que así fue sentida la Guerra Grande por la mayoría de los integrantes cultos del Partido Colorado y del unitario...*»[7]

A partir de 1843 blancos y federales van a sitiar en Montevideo a colorados y unitarios que van a constituir el gobierno de la «Defensa». Oribe va a establecer una capital paralela en el Cerrito un paraje cercano a la capital.

A la vez, la gravitación de los inmigrantes en el Ejército de la Defensa fue decisiva así como el apoyo de las escuadras y marinerías europeas, al referirse a esto, el historiador anteriormente citado expresó, «*Desde este ángulo, sin duda parcial pero exacto en la medida que se valore sin exagerarlo, la Guerra Grande fue también una lucha entre inmigrantes y orientales...*»[8]

Sobre la visión y significado para los contemporáneos, tenemos referencias ineludibles; como escribió el intelectual unitario Faustino Domingo Sarmiento sobre el Montevideo de la Defensa,

> «*No son ni argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesión de una punta de tierra del suelo americano. Cuando se a dicho que los extranjeros sostenían el sitio de Montevideo decían la verdad...*»[9]

La rivalidad entre inmigrantes y criollos se movía a más de en dimensiones ideológicas, en el campo de lo emocional, lo subjetivo. Así lo percibió la historiadora Silvia Rodríguez Villamil, «*Las causas profundas de esta situación de conflicto eran desde luego... muy complejas... Se trataba sin duda del enfrentamiento de dos mundos totalmente distintos; vistos desde la perspectiva del criollo, de la invasión de un mundo que era suyo y familiar por parte de seres extraños que nada tenían que ver con la suya. Tal vez*

7. José Pedro Barrán «*Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco*» p. 8.
8. *Ibídem*. p. 11.
9. Domingo Sarmiento, citado por Aníbal Barrios Pintos, en «*Montevideo visto por los Viajeros*» p. 49.

otro ingrediente fuese una cierta envidia frente a los resultados prácticos del inmigrante...» [10]

En el plano político, la disyuntiva que definió ópticas y actitudes, entendemos acertadas las reflexiones que sobre el impacto inmigratorio realizó Carlos Real de Azúa. Si bien las observaciones del ensayista se refieren a las actitudes del Patriciado, nada hace creer que la misma percepción del inmigrante - y su consiguiente rechazo - no la tuvieran en mayor o menor grado todas las gamas del espectro social criollo urbano, y rural de Montevideo. Mayoritariamente los sectores patricios se unieron al gobierno del Cerrito.[11]

Los artesanos, los jornaleros orientales, sufrían la competencia en el mercado de trabajo del extranjero, más industrioso, más hábil, con un olfato económico más sensible que el criollo. Es en los sectores más modestos donde se manifestó el rechazo instintivo a lo europeo.[12]

Sí era difícilmente asimilable la mentalidad del gringo para el nativo, era igualmente difícil para el primero entender las motivaciones y actitudes del criollo. Para el inmigrante la sociedad fuera del entorno próximo de la ciudad era sinónima de barbarie, de salvajes e inferiores. Vale decir que el mismo concepto lo tenían los doctos liberales criollos de la Defensa. Al respecto vale la pena recordar la pregunta que se hacia Manuel Herrera y Obes, y tenia para el una obvia y negativa respuesta.

> *» ¿Es el saber domar potros y carnear reses, lo que ha de constituir la civilización americana?...»*[13]

Ellos compartían con los inmigrantes una adhesión a lo que se ha llamado «los principios abstractos de Libertad». Este sentimiento tenía sin duda una considerable difusión en una Europa en la que crecientemente se socializaban pautas ideológicas al compás de una cultura de masas que no tenía parangón posible en el ámbito platense.[14] Un halo romántico e idealista teñía marcadamente las actitudes de individuos que, sentían protagonizar en suelo americano un combate iniciado en Europa. No era un acicate menor que relevantes figuras como Garibaldi y Alejandro Dumas tomaran partido por la Defensa en forma militante.

Las distancias mentales no se circunscribían únicamente a valoraciones políticas o emotivas, también abarcaban una cosmovisión social y económica que era lúcidamente apreciado por los contemporáneos, al respecto es gráfico lo que observara un espectador privilegiado, el recurrido Sarmiento,

---

10. Silvia Rodríguez Villamil o. cit. p. 48.
11. Carlos Real de Azúa, «*El Patriciado. . .* «, p. 81.
12. Juan A. Odonne,»Los gringos» en *Enciclopedia Uruguaya* N º. 26 p. 115.
13. U de la R/FHC/DHUr (151)327/87 Polémica Manuel Herrera y Obes - Bernardo P. Berro.
14. Jean Touchard «*Historia de las Ideas políticas*» pp. 398, 399, 400, 413, 414, 442 a 445.

> *«...el gaucho oriental con su calzoncillo y chiripá, afirmado en el poste de una esquina, pasa largas horas en su inactiva contemplación, atúrdelo el rumor de carros y de vehículos... y aturdido y desorientado en presencia de este movimiento en que por su incapacidad industrial le está prohibido tomar parte, busca en vano la antigua pulpería, en que acostumbraba a pasar sus horas de ocio...»*[15]

La paz del 8 de octubre de 1851 con el triunfo del Gobierno de la Defensa, más allá de la conocida frase de «Sin vencedores ni vencidos», es portadora intrínseca del modelo político y económico y por qué no mental, centralista, unitario y, por tanto europeizado. Seríamos injustos no obstante, según nuestro concepto, si no contabilizamos en el haber de los defensores del Cerrito, el mérito no menor de impedir la materialización de cualquier propósito de establecer un protectorado con visos más formales, idea que en algún momento acariciaron los círculos políticos de París.

La inmigración se acentuó luego del fin de la guerra. La confrontación de mentalidades continuó. El período de relativa paz que se abre hasta mediados de la década del sesenta, límites del período considerado, alienta el arribo de inmigrantes europeos. El rechazo del extranjero continuó, pero no alcanzó la virulencia expresada por la Guerra Grande. La diferencia de los modelos socioculturales enfrentados, en una confrontación cualitativa en lo referente a logros prácticos, e incluso cuantitativa cuando se toma en cuenta la aluvión de inmigrantes que duplicó la población de Montevideo en menos de diez años inclinó decisivamente el fiel de la balanza en aras de una «sociedad trasplantada» según la acertada definición de Darcy Ribeiro.[16]

1865 – 1900

En las últimas décadas del siglo la relación entre población criolla e inmigrantes es de tal característica que no hubo posibilidad de asimilación en el sentido clásico de la expresión. La sociedad receptora fue «ahogada» por los recién llegados de forma tal que no existió la posibilidad de incorporación o asimilación de la masa extranjera a la sociedad receptora. En vez de asimilación es necesario hablar de fusión de dos grupos en una nueva sociedad cuyas características no fueron propias ni de la sociedad receptora ni de los grupos inmigrantes.

Mes a mes, de año en año la correlación se volvía más favorable a la asimilación de la propuesta expresada por la inmigración. El rechazo igualmente persistió.

---

15. Reyes Abadie y Vázquez Romero Ob.cit. tomo III p. 123.
16. Darcy Ribeiro «*El proceso de la civilización*» p. 104.

Desde fines de la Guerra Grande se procesó el relevo del patriciado de origen colonial como clase dirigente y rectora al menos económicamente, por elementos de origen extranjero, o hijos de inmigrantes, en una transformación lenta pero segura, que insumió un par de generaciones. Con esa perspectiva el rechazo al extranjero libró combates de retaguardia en la cual la permeabilidad de la sociedad montevideana dio nuevas muestras de su ductilidad. Paralelamente a su inserción en el medio criollo se dio su adhesión casi unánime a los colores del gobierno de la Defensa.

El conflicto civil (1863-1865) llevado adelante por los colorados radicales que termino con el gobierno de coalición (blancos y colorados moderados) impuso al caudillo Venancio Flores en el Gobierno. Con el la participación en el conflicto bélico conocido como la Guerra de la Triple Alianza que enfrentó a Paraguay ante Brasil, Argentina y Uruguay, hasta la derrota del primero en 1870. A partir de ese momento el aporte de las diferentes corrientes inmigratorias sería creciente. La paz de octubre de 1851 señaló el inicio de la «invasión pacífica» de pobladores provenientes desde el Imperio del Brasil, preferentemente desde Rio Grande do Sul, con un perfil variado; desde grandes terratenientes hasta esclavos fugitivos en busca de libertad.

La primera inmigración proveniente de Europa en los años sesenta que debemos señalar es la proveniente de varios cantones de Suiza y se radicaron en el litoral oeste del Río de la Plata en el departamento de Colonia. Se caracterizaron por su aporte en la quesería y en todas las actividades de granja. Paralelamente la presencia británica se materializa a través de diversos emprendimientos. Desde los rurales en que son pioneros con la importación de vacunos y ovinos de raza tales como los Shorthorn, Hereford, Corriedale, a otros tipos de emprendimientos. Acompañados del prestigio de su nación y respaldados por las embarcaciones de la *Royal Navy* de estación en la rada del puerto de Montevideo se dedicaron a múltiples emprendimientos aparte de los rurales. El comercio de intermediación con el Viejo Continente además de la vinculación natural con Gran Bretaña fue una de las actividades elegidas. Paralelamente los británicos llevaron adelante las primeras actividades fabriles. Como la fabrica Liebig de extractos de carne en la localidad de Fray Bentos en 1864 y el ferrocarril de capitales ingleses en 1878. Ambas compañías generarían cientos y cientos de puestos de trabajo. Entre ellos muchos ocupados por inmigrantes de las diferentes regiones de las Islas Británicas. Estos no obstante no superaban por ejemplo en 1884 el uno por ciento de la población de Montevideo.

De características similares a los inmigrantes anglosajones fueron los pertenecientes a los distintos estados alemanes, Aunque menores en número y con menos apoyo diplomático se incorporaron a la agropecuaria

y al comercio montevideano. Otros inmigrantes de aspectos particulares fueron los valdenses del norte de Italia que vinieron con sus iglesias y pastores estableciéndose como los suizos en el oeste del país.

1865 - 1900

Las características reseñadas para el segundo tercio del siglo, se acentuaron en relación directa al incremento del aporte inmigratorio. Paralelamente a este aumento se da la radicación de familias completas, pero que difícilmente fueran las multigeneracionales que dejaban muchos en su tierra natal. No creemos que se diera una situación de marginación o automarginación de las etnias emigrantes, pero sí que estas dada su importancia cuantitativa pudieran manejase con cierta autonomía en prácticas comunitarias y mantener algunas de sus costumbres y tradiciones. Un ejemplo de esta solidaridad inmigratoria se plasmó en las sociedades de socorros mutuos, algunas de las cuales están en actividad en nuestros días.

El ser extranjero no era una barrera difícil de superar para formar pareja en Montevideo. Uno de los motivos sin duda sería la diferencia cuantitativa entre hombres y mujeres. El Censo de 1829 nos habla de que de en proporción de diez habitantes, la relación era de cuatro hombres y seis mujeres. Por otra parte, diversos testimonios contemporáneos nos manifiestan de la facilidad que encontraba el extranjero para vincularse con las jóvenes montevideanas.

Esta afinidad no deja de ser lógica en la medida que las montevideanas que se casaban con inmigrantes eran a su vez en abrumadora mayoría hijas o nietas de otros inmigrantes. Como tales, su visión del mundo, sus ideas, sus costumbres, sus códigos de valores no diferían básicamente de las que sustentaban los genoveses o vascos que inundaron Montevideo desde los primeros años de la nueva república independiente.

El control comunitario que estimamos debilitado en las primeras décadas del siglo XIX debe haber disminuido aún más ante la realidad del aluvión inmigratoria, convirtiéndose en mínimos para los parámetros de una sociedad urbana de tipo europeo, de la entidad de Montevideo, de mediados del siglo XIX.

Si trasladamos esta hipótesis a la expresión de opiniones e ideas es creíble que estas pudieran presentarse más libres que en la comunidad de origen en el caso de ser inmigrante, o, en el caso de los criollos, en un marco social que, por ejemplo no estuviera recibiendo continuamente el fermental aporte inmigratorio. El símil ya expresado de las sucesivas manos de pintura que por repetidas, cambian las características de una tabla porosa, a nuestro entender también puede aplicarse para valorar la persistencia de este clima de escasa censura que alentara la continuidad

de una actitud, de una mentalidad abierta a nuevas opiniones e ideologías. Quizás por ejemplo, esta realidad propicie el aumento de la ilegitimidad, índice de un aumento de las relaciones extramaritales, pero a la vez de la prescindencia de la opinión comunitaria.

Pensemos que la continuidad del aporte inmigratorio a la sociedad oriental, - un siglo - le dio perdurabilidad a esa actitud abierta, liberal, que pudiera caracterizarse como un componente de larga duración de la sociedad montevideana que a la vez evoluciona de una peculiaridad circunstancial o coyuntural a una característica esencial para definir la sociedad de la República en su conjunto.

Riesgos y recompensas de los inmigrantes

El primer obstáculo que tenían los inmigrantes y más si se trataban de familias completas era el costo del pasaje. Muchas familias debían empeñar todos sus bienes para poder solventar los gastos del traslado. En algunos casos los inmigrantes pagaban su pasaje y manutención a bordo suscribiendo un contrato de trabajo para un patrono en América que lo vinculaba a él por tres, cinco o más años. Se desprende de esta clase de contrato, que quien lo suscribía trabajaba en calidad de semi-esclavitud. Por lo reseñado, es elocuente que la decisión de emigrar implicaba por su costo una decisión trascendente para un individuo o familia en cuanto a su futuro. Desde 1870 en adelante se fueron imponiendo los buques a vapor; con ello también bajo el costo del pasaje y disminuyó el tiempo de la travesía.

Los riesgos no se reducían al albur de la aventura económica. El viaje de los puertos europeos al Plata demandaba de un mes y medio a dos, dependiendo de las escalas y los vientos. La mayoría de los inmigrantes se trasladaban hacinados en cubiertas y bodegas donde las condiciones higiénicas y sanitarias no eran precisamente las óptimas. Paralelamente, muchas veces no se cumplía en alta mar lo acordado en cuanto a los alimentos a ser suministrados a los inmigrantes durante el viaje. Los más indefensos, niños y ancianos eran los más afectados por estas condiciones de viaje; era habitual que al fin de éste, se contabilizase un macabro precio en vidas. Explicitadas las dificultades pasaremos a enumerar las posibilidades del inmigrante, los beneficios que le reportaban su radicación en el Plata.

La demanda de mano de obra superaba la oferta, por lo que su inserción laboral estaba prácticamente garantizada. Quien en su tierra, en su aldea natal no pasaba salvo expresas condiciones de ser un carpintero o albañil más, veía su trabajo solicitado y por ende sus posibilidades económicas acrecentadas. No se limitaban las ventajas a la posibilidad de trabajo, también se extendían a la remuneración. Los jornales eran fácilmente el

doble del percibido por igual tarea en su comarca de origen.[17] Era más marcada la diferencia cuando el inmigrante desempeñaba tareas artesanales de mayor especialización como ser, sastres, relojeros, ebanistas. No era Montevideo empero un lugar donde la fortuna se alcanzase con poco esfuerzo. Si bien algunos bienes eran más accesibles que en Europa, como los derivados de la carne y del cuero, otros, la mayoría, tenía un elevado precio producto de los costos de importación y traslado desde sus lugares de origen ya que en general era escasa la producción manufacturera de la ciudad y del país; incluso en lo que a bienes de consumo popular se refiere, como es por ejemplo el caso de las bebidas. En conjunto la relación económica era favorable a las expectativas del inmigrante,[18] pero el éxito dependía - como para toda empresa humana - de esfuerzo, voluntad y fortuna.

Pareja, Familia y Comunidad

Como una madera que se embebe asimilando las masivas manos de pintura, así la sociedad recibía oleada tras oleada de inmigrantes. La duplicación de la población montevideana [19]entre las estimaciones del año 1830 y los números del censo de 1860, reflejan el transformador flujo inmigratorio que duplicaba la población de la ciudad pese a los años del Sitio Grande, y en realidad, en forma efectiva desde el fin del conflicto en 1851, a la realización del censo mencionado.

El aluvión de rostros nuevos, de lenguas y costumbres distintas, se enseñoreó de la ciudad. Orientales e inmigrantes se influyeron mutuamente. Para muchos de éstos últimos Montevideo significaba una nueva vida, en su expresión literal, una posibilidad de canalizar sus ambiciones y habilidades en una sociedad de inmigrantes en la cual los méritos y condiciones propias relegaban a un plano secundario su nacionalidad, o lo que es más importante aún, su origen social.

Artesanos, jornaleros, pequeños comerciantes, los inmigrantes son mayoritariamente hombres jóvenes y sin familia, en los primeros años de las décadas del treinta y del cuarenta. Luego, la atracción del Río de la Plata en su conjunto llevó a que los inmigrantes decidieran trasladarse en forma de familias íntegras, con la explícita intención de radicarse definitivamente. Muchos traían así formada su pareja desde su tierra natal, y de esta manera sus pautas, suponemos, eran las de los hogares de origen campesino o urbano europeo en líneas generales. Empero, otras

17. Conclusiones basadas en los datos de jornales, costo de vida, oficios y ocupaciones expresados por Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza «*Los italianos*» pp. 70, 71,95, 96, 99 y J. Murray «*Viajes por el Uruguay*» pp. 49, 112 y 120.
18. *Ibídem*.
19. Reyes Abadie y Vázquez Romero, o. cit. tomo III pp. 1 y 310.

parejas se formaban en la unión de inmigrantes con orientales. En esta circunstancia seguramente otras motivaciones surgen complementando las tradicionales de conveniencia o interés pecuniario, en el momento de formar una pareja. Es que en definitiva, que podía unir sino el afecto, el amor, a quienes nada tenían para acrecentar en un matrimonio y a los que valía poco especular sobre origen social o nacional en el marco de una nueva vida, un nuevo nacimiento que, consciente o inconscientemente se planteaba en los sentimientos del inmigrante.

Perspectiva y Proyecciones

Cuatro constantes que se convirtieron en características de larga duración de la sociedad uruguaya, se gestaron en este tiempo. Una composición racial de origen europeo, mayoritariamente mediterráneo – latino. El segundo componente, unas estructuras mentales europeas más allá del origen étnico, que se expresó a su vez en un sentimiento consciente e inconsciente a la vez de «europeos exilados» en América del Sur, y por tanto en parte ajenos a su problemática son las dos resultantes visibles de la confrontación y posterior simbiosis de mentalidades que datan prácticamente del nacimiento del Estado uruguayo independiente. El tercer componente es una ideología en los círculos dirigentes abiertos a nuevas ideas y propuestas. El cuarto componente de larga duración en un inventario de mentalidades, es el mantenimiento de un sentimiento y necesidad de independencia política, al menos desde el punto de vista formal, de la República Oriental.

Como una vara de mimbre verde y nueva, la joven sociedad oriental cimbró y se tensó, adaptándose en forma plástica a una mutación digitada por múltiples factores políticos, sociales, ideológicos y económicos procesados en Europa.

La adaptación tuvo su costo - entre otros los de la Guerra - y no fue fácil, la sombra de la partición amenazó la integridad territorial de la República, como lo expresaron Reyes y Vázquez, que fue impedida, según sus palabras por, «. . . *solo la profunda transmutación del contexto poblacional del país por la caudalosa inmigración europea y su progresivo acondicionamiento dependiente del marco mundial regido por Inglaterra, pudo hacerlos servir de levadura coligante de los nuevos uruguayos*. . . «[20]

20. Reyes Abadie y Vázquez Romero o. cit. tomo III p. 126.

El aporte inmigratorio fue decisivo en el crecimiento demográfico del Estado y, especialmente de Montevideo.

Debe tenerse en cuenta que la población de la capital se multiplicó por seis en 37 años, entre 1852 y 1889 y por algo más de cuatro en todo el país. El censo de 1884 determinó que del total de los 73.000 extranjeros, unos 33.000 son italianos y 22.000 españoles.

Trajo implícito un aporte ideológico que se reflejó con el paso de los años y que fructificó al filo del siglo XX en una masa urbana que tuvo como abuelos físicos e ideológicos a la primera oleada inmigratoria con su masivo aporte europeo transpirenaico. El éxito de ésta, estimuló a las sucesivas oleadas que dieron consistencia a los cambios, extendiéndose hasta el período de entreguerras de mediados del siglo pasado.

En el siglo XIX, los elementos de la elite criolla que alentaban un cambio político y cultural con imagen y modelo en Europa tuvieron un aporte decisivo para el éxito de sus anhelos, el masivo aporte inmigratorio que dio sustento y densidad humana en el plano cultural e ideológico para que germinaran sus propuestas. A partir de la cuarta década del siglo XIX se procesaron cambios cruciales en la vida de la joven república generándose las pautas de conducta que contribuirán a forjar un Uruguay con características que lo diferencian claramente en el ámbito iberoamericano. Vemos aquí a quienes sembraron aún presentes en sus retinas sus comarcas natales - como abuelos físicos e ideológicos - el humus para hacerlo fértil, al movimiento social reformista por excelencia del Uruguay del siglo XX; el *batllismo*. Esta corriente política fue iniciada en el seno del partido Colorado por el presidente José Batlle y Ordóñez. Así generaron los inmigrantes pautas de cambio en un proceso dialéctico que tuvo como una de sus principales virtudes la autenticidad. Estas pautas avalan las transformaciones que son protagonizadas por la gente común, aquella cuyos nombres no trascienden, pero que son basamentos indispensables para que se cimienten tendencias de larga duración en el plano histórico.

Apendice

Evolución de la población de Uruguay en el siglo XIX

Población en Miles

	1830	1852	1860	1884	1889	1900
Montevideo	14	34	58	164	215	268
Uruguay	100	132	221	560	711	936

En 1900	Extranjeros	Montevideo	40%	20% italianos
		Uruguay	18%	14% españoles
Montevideo	no censado en 1900		43%	menores de 15 años
Resto del país: sí.			1%	mayores de 60

Censo de Montevideo de 1884

	Orientales	Extranjeros	
Hombres	43453	45787	
Mujeres	47794	26994	
	91247	72781	164028

Datos de Enrique Mendes Vives, El Uruguay de la Modernización 1876 - 1904 pp. 36, 104 y 105 y Crónica General del Uruguay, tomo III, p. 606.

Bibliografia

ACEVEDO, Eduardo «*Anales Históricos del Uruguay*», Barreiro, Montevideo, 1933.

BARRAN, José Pedro, «*Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco 1839 – 1875*», Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1982.

BARRAN, José Pedro – NAHUM, Benjamín «*El Uruguay del 900*», Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1979.

BARRIOS PINTOS, Aníbal «*Montevideo visto por los viajeros*», Editorial Nuestra Tierra, Montevideo, 1971.

BARRIOS PINTOS, Aníbal «*Cronistas de la tierra purpúrea*», Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1968. Selección de testimonios de cronistas, memorialistas y viajeros. 1805-1852. Traducción de Hortensia Campanella.

WHITTLE, W. «*Journal of voyage to the River Plate; including observations made during a residence in the Republic of Montevideo*», Manchester, 1846.

CAPILLAS DE CASTELLANOS, Aurora «*Montevideo en el siglo XVIII*», Editorial Nuestra Tierra, Montevideo, 1971.

CASTELLANOS, Alfredo «*Montevideo en el siglo XIX*», Editorial Nuestra Tierra, Montevideo, 1971.

HALPERIN DONGHI, Tulio «*Historia Contemporánea de América Latina*», Editorial Alianza, Madrid, 1970.

HENRY, Louis «*Manual de Demografía Histórica*», Editorial Labor Universitaria, Barcelona, 1983.

MARMIER, Xavier «*Buenos Aires y Montevideo en 1850*», Editorial Arca, Montevideo, 1967.

Traducción, prologo y notas de José Luis Busaniche, que selecciono el material de una obra mas extensa de Marmier, «*Lettres sur l'Amerique*», publicado en Bruselas en 1851.

MENDES VIVES, Enrique «*El Uruguay de la modernización 1876 – 1904*». Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo, 1982.

MURRAY, J. H. «*Viajes por el Uruguay*», Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1978.

Traducción, prologo y notas de José P. Barran y Benjamín Nahum, quienes eliminaron tres capítulos de la obra de Murray que no se refieren al Río de la Plata. Fue publicado en Londres en 1871, por los editores Longman & Co., bajo el título de «*Travels in Uruguay, South America: toghether with an account of the presente state of sheepfarming and emigration to that country*».

NARANCIO, Edmundo – CAPURRO CALAMET, Federico, «*Historia y análisis estadístico de la población del Uruguay*», Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Montevideo, 1939.

ODDONE, Juan Antonio, «*La emigración europea al Río de la Plata*», Ediciones Banda Oriental, Montevideo, 1966.

- «Los Gringos», en «*Enciclopedia Uruguaya*» (Nº 26), Editores Reunidos, Arca, Montevideo, 1968.

PI, Renzo – VIDART, Daniel «*El Legado de los Inmigrantes*» (I) y (II), Editorial «Nuestra Tierra», Montevideo, 1968 y 1969.

REAL DE AZUA, Carlos «*La clase dirigente*», Editorial «Nuestra Tierra». Montevideo, 1970.

- «*El patriciado uruguayo*», Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981.

- «*Montevideo, el peso de un destino*»; Editorial Nuevo Mundo, Montevideo, 1987.

REYES ABADIE, Washington – VAZQUEZ ROMERO, Alfredo «*Crónica General del Uruguay*», Tomos I, II, III. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1978 – 1984.

RIBEIRO, Darcy «*El proceso civilizatorio*», Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1978.

RODRÍGUEZ VILLAMIL, Silvia «*Las mentalidades dominantes en Montevideo (1850-1900) I. La mentalidad criolla tradicional.* «Ediciones de la Banda Oriental, Colección «Reconquista», Montevideo, 1968.

RODRIGUEZ VILLAMIL, Silvia – SAPRIZA, Graciela «*Los Italianos*», Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1982.

SANCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás «*La población de América Latina*», Editorial Alianza, Madrid, 1973.

WRIGLEY, E. «*Historia y Población*», Editorial Guadarrama, Madrid, 1969.